

Miguel Rivera Dorado

Los mayas.
Una breve introducción



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Pareja abrazada* (detalle). Figurilla maya de terracota coloreada. Detroit Institute of Arts, EE UU.
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miguel Rivera Dorado, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-223-4
Depósito legal: M. 19.201-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

| | |
|-----|---|
| 11 | Nota previa |
| 15 | 1. La cuestión de los períodos |
| 27 | A vueltas con las fechas |
| 31 | 2. La civilización de las mil ciudades |
| 51 | 3. El secreto de las pirámides |
| 66 | La apariencia de las montañas sagradas |
| 69 | El Templo de las Inscripciones |
| 72 | La tumba del rey de Palenque |
| 76 | El significado de las construcciones |
| 81 | El templo que crece |
| 84 | El laberinto de Oxkintok |
| 99 | 4. Cómo vivir bien en la selva |
| 111 | Digestión: arte, pensamiento y medio ambiente |
| 114 | El paisaje septentrional |
| 125 | El movimiento |
| 130 | Equilibrio y tensión |
| 134 | 5. La verdad del arte |
| 140 | La arquitectura |
| 144 | La escultura |
| 157 | La pintura |
| 165 | Cerámica y otros materiales |
| 173 | 6. El color de las paredes |
| 178 | El descubrimiento de la ideología |

| | |
|-----|---------------------------------------|
| 183 | Decoración de interiores |
| 188 | 7. Guerra, sangre y estrellas |
| 193 | La sangre de los nobles |
| 201 | 8. Reyes divinos |
| 224 | 9. Una religión de símbolos |
| 235 | Distintos cuerpos, distintas almas |
| 237 | Una muchedumbre de dioses |
| 256 | Ancestros, dioses y ritos |
| 263 | La captura del tiempo |
| 272 | La génesis del tiempo y de la vida |
| 280 | La Serie Inicial |
| 284 | Drogas y alteración de la conciencia |
| 292 | Médicos y curanderos |
| 295 | Los sacerdotes |
| 301 | 10. Los escritores de libros |
| 308 | Ventanas desde dentro |
| 317 | 11. El colapso y el síncope |
| 331 | Los síncope |
| 335 | 12. Lenguas, gente e historia moderna |
| 337 | Los enigmáticos itzaes |
| 345 | Un insólito huracán |
| 353 | La estirpe de Gonzalo |
| 354 | La rebelión de los vencidos |
| 359 | El reencuentro |
| 364 | Epílogo |
| 367 | Lecturas convenientes |
| 373 | Glosario |
| 379 | Índice onomástico |

La alegría de haber luchado por una gran idea sigue determinando nuestra conducta mucho después de que la duda nos haya vuelto lúcidos, conscientes y desesperanzados.

Joseph Roth

Nota previa

Un manual amplio sobre los mayas requiere muchos cientos de páginas. No ha sido ése mi propósito al preparar el libro que el lector tiene en sus manos. Hay buenos manuales en las librerías, algunos de ellos mencionados en la bibliografía del final. Lo que pretendo es hacer un recorrido a vista de pájaro por las cuestiones que considero más atractivas. De hecho, podría leerse la presente obra empezando por cualquier capítulo, o saltando de uno a otro aleatoriamente, algo parecido a lo que sugería Julio Cortázar cuando hablaba de su célebre *Rayuela*.

Tampoco quiero ser demasiado descriptivo; los arqueólogos tendemos a enzarzarnos en engorrosas e interminables reseñas en torno a objetos, construcciones, técnicas y circunstancias, y yo prefiero a menudo zanjar los argumentos con una reflexión que oriente o enfoque el tema, y que lo ilumine con la luz que considero más ventajosa para comprenderlo.





El Mayab

1. La cuestión de los períodos

La prioridad de cualquier arqueólogo que intente reconstruir lo sucedido en el pasado es ordenar los objetos antiguos y otros datos procedentes de las excavaciones, que son los testimonios de ese tiempo remoto, en términos de una secuencia cronológica coherente. El arqueólogo es, por definición, un evolucionista que estudia, analiza, interpreta y hace público el cambio cultural ocurrido en determinado lugar o región a lo largo de los años. Ayuda mucho a esa tarea saber cómo fijaban y definían el transcurrir del tiempo los protagonistas de tales acontecimientos. Se puede obtener mejor la información adecuada cuando la sociedad bajo investigación es letrada y señala en cualquier soporte perdurable su propia historia.

Para el área de la civilización maya disponemos de abundantes registros cronológicos, pero dado que los jeroglíficos sólo han empezado a descifrarse recientemente

de una manera fluida, los investigadores han recurrido desde el siglo XIX a secuencias de hechos basadas en la información de las excavaciones antes que en la epigrafía. Así se llegó a una cronología de la Antigüedad que discernía tres grandes períodos en los que ubicar todo el material de los yacimientos: Preclásico, Clásico y Postclásico. Como se aprecia enseguida, es un modelo muy sencillo: definido el momento de apogeo cultural, al que se denomina Clásico, todo lo que sucedió antes se llama a su vez Preclásico, y lo que sucedió después Postclásico. Claro está, esos períodos se rellenan con la documentación necesaria para hacerlos diferentes y significativos, pero a medida que aumentan los datos y se perfeccionan las herramientas de la arqueología, resulta conveniente retocar la secuencia, modificar las definiciones, cambiar las fechas, ampliar o reducir las zonas afectadas o dirigir la atención hacia factores que antes no se tuvieron en cuenta. Yo voy a empezar este libro proponiendo una cronología acorde con el retrato de la vieja sociedad maya que ha surgido ante nuestros ojos en los últimos treinta años.

Naturalmente, cuando hablamos de historia antigua de los mayas, o sea, del pueblo y las lenguas extendidos por un territorio que comprende hoy los estados mexicanos de Chiapas, Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, más Guatemala, Belice y parte de Honduras –lo que puede denominarse Mayab–, tenemos que soslayar el larguísimo período Lítico, pues éste –un lapso prehistórico de al menos 10.000 años, entre el 12000 a. C. y el 1500 a. C., aproximadamente– carece de cualquiera de los rasgos que definen a la tradición cultural y a la etnia llamadas propiamente mayas. Con los descubrimientos

realizados en los sitios de Cuello, Takalik Abaj, Kaminaljuyú, Ceibal, Cerén, Komchén, Altar de Sacrificios, Nakbé, Lamanai, Cerros y otros, y con las convenciones unánimemente aceptadas sobre cuándo los utensilios deben reconocerse como verdaderamente mayas, hay que proponer una fecha en torno a los siglos XII-X a. C. para la primera presencia de grupos mayances en la extensión de las Tierras Bajas tropicales del sureste de Mesoamérica (un territorio situado por debajo de los 1.000 metros de altitud), datación que combina bastante bien con las sugerencias de los lingüistas. Ciertamente, es muy raro encontrar materiales en los yacimientos arqueológicos que puedan fecharse más allá del 800 o el 1000 a. C., pero los de Kaminaljuyú, en el altiplano de Guatemala, han sido un buen referente para suponer la aparición de la vida aldeana en el Mayab en la segunda mitad del segundo milenio, o poco antes. También algunas fechas de radiocarbono de Nakbé, en el departamento del Petén, Guatemala, se remontan a 1200 a. C. Y hay que tener en cuenta los recientes hallazgos en Ceibal, donde los excavadores descubrieron arquitectura ceremonial —plazas y estructuras que los especialistas llaman del tipo E— fechada aproximadamente en el año 1000 a. C. Pero tales descubrimientos requieren de más testimonios y verificación.

Por tanto, el período denominado Preclásico se extendería unos ocho o nueve siglos aproximadamente, desde el 1300 a. C. hasta el 500 a. C., según las localidades, caracterizado por pequeños poblados de cultivadores, con un régimen social igualitario, sin arquitectura de piedra ni arte monumental ni escritura. Los cambios a lo largo

de ese tiempo son pequeños y escasamente significativos, por ello no parece necesario subdividir el período. Es verdad que en sitios como Cuello o Komchén hay modestas plataformas de tierra y cascajo, quizá con funciones rituales, fechadas aproximadamente en los siglos VII o VI a. C., que podrían ser ya indicios del cambio inminente. La verdadera transformación se produce hacia los siglos VI o V a. C., cuando surge lo que denominan los antropólogos «la cultura compleja» plenamente estructurada, es decir, la civilización, que se manifiesta en lugares como El Mirador. Es posible que, después de los hallazgos de Ceibal, sea necesario retrasar aún más las fechas del origen de esa civilización y por tanto del período que voy a llamar Clásico Predinástico. Las cosas se han alterado bastante, porque la primera estela de piedra labrada, erigida, dedicada y fechada en el año 292 de nuestra Era en Tikal, es el monumento que constituía, hasta época reciente, el hito que permitía datar el comienzo de la civilización y del período Clásico.

En efecto, a lo que me estoy refiriendo cuando digo «civilización» es a la construcción de las grandes ciudades, a la arquitectura pétreo monumental, a los cambios en la estructura social que impulsan y hacen posible a la vez tales realizaciones materiales, a la expresión religiosa teísta y de élite, al arte más refinado, que constituye a partir de aquel momento el lenguaje preferido para afirmar y manifestar el nuevo orden político, la sociedad desigual, la rígida estratificación social, la concentración del poder y de los recursos en unas pocas manos, y una cosmovisión original que integra armónicamente ideas muy elaboradas sobre el cosmos con un concierto social

satisfactorio y altamente adaptativo a las condiciones del bosque húmedo tropical.

Para muchos estudiosos la arquitectura es el máximo exponente de la oposición naturaleza-cultura. La arquitectura maya es la respuesta a la selva, la afirmación de sus dominadores, la expresión de la voluntad de supremacía humana. Cada vez que los urbanistas expandían los pavimentos de estuco robando terreno a la vegetación, la población de la ciudad se sentía más segura; fuera acechaba una jungla infestada de peligros, pero dentro la victoria sobre el caos exterior se hacía más y más profunda y evidente. Y ésta es una interesante paradoja, porque la civilización maya dependía de la selva, su sustento eran las milpas o parcelas de cultivo que los campesinos arrebatában en desigual lucha a la voraz floresta, y la misma piedra caliza para la construcción era el pedestal rocoso de los grandes árboles, de cuya madera se alimentaban las hogueras que producían la cal, y en la selva estaban igualmente los bienes que los comerciantes intercambiaban.

Un edificio es siempre tridimensional y nunca lo vemos por entero, sólo por partes, interior o exteriormente. La ciudad maya es sobre todo un inmenso decorado para las ceremonias, una suerte de libro donde se pueden leer capítulos sobre la historia y las creencias. Forma, volumen y dimensiones de los edificios informan sobre la personalidad social de las gentes y su visión del mundo; las orientaciones no son aleatorias, y todos son factores esenciales en la tarea de desentrañar el carácter de la sociedad antigua. Cualquier observador atento comprendería enseguida que la ciudad es un lenguaje,

que el exterior de las construcciones y las relaciones que guardan unas con otras fueron los principales objetivos de los urbanistas. Los interiores de los edificios son a menudo modestos, siempre austeros, con espacios exigüos y luz escasa. Los exteriores, sin embargo, son luminosos, coloridos, grandiosos, barrocos y apabullantes. Los individuos que utilizaban los interiores recurrían a la pintura mural para dotar de cierto encanto a los cuartos, pero el alborozo estaba fuera, en las fiestas al aire libre con majestuosos cortejos, suntuosos atavíos, muchedumbres enardecidas y bien equipadas orquestas.

Según las estimaciones actuales, entre el 500 a. C. y el comienzo de la Era cristiana se levantan los enormes conjuntos arquitectónicos de Nakbé y El Mirador, la gran estructura N10-43 de Lamanai, numerosos edificios en Cerros, Uaxactún y Tikal, y seguramente parte de la extensa ciudad descubierta hace unos años de Ichkabal, en Quintana Roo, además de otros, debemos concluir, que esperan excavación y datación en muchos lugares debajo de las inmensas moles posteriores con que fueron ocultados. Es evidente, pues, que la civilización maya aparece esplendorosa y con toda su complejidad y pujanza en el siglo VI o el V a. C., quizás antes, y es por esa razón por lo que el período Clásico se debe iniciar en ese momento esencial. Ahora bien, es verdad que la escritura jeroglífica, las fechas con jeroglíficos y cronología mayas, los monolitos labrados con personajes de alto rango y otros rasgos típicos y fundamentales de esa civilización no son obvios y casi generales hasta finales del siglo III d. C. y a lo largo de los dos siglos siguientes. Hay relieves anteriores en Nakbé (Estela 1) y signos jeroglífi-

cos en El Mirador (Estela 2), como hay también textos jeroglíficos en objetos portátiles de Kichpanhá y Pomoná, y pinturas en edificios de Tikal y en San Bartolo, pero la muestra es todavía pequeña. No obstante, queda por citar lo que es quizá el aspecto más revelador y problemático de los profundos cambios acaecidos en el período Clásico: los datos epigráficos indican que la institución de la monarquía hereditaria no surgió en las Tierras Bajas del sureste hasta por lo menos el siglo III o el siglo IV de nuestra Era, y no en todos los sitios a la vez; los reyes fundadores, no míticos, de las diferentes dinastías conocidas por el momento están asociados a fechas mayores que suelen colocarse en los siglos IV y V d. C. o poco más tarde. De hecho, algunas ciudades-estado principales, como Copán, reclaman para los reyes impuestos por los conquistadores venidos de Teotihuacán el papel de fundadores de las dinastías hereditarias.

Consecuentemente, es lógico pensar que luego del gran «bang» de la civilización, hubo un lapso de unos 600 años en el cual las instituciones de gobierno eran menos centralizadas y despóticas; con cierta probabilidad se trataba de un poder colegiado o rotatorio entre los individuos que encabezaban los principales linajes; quizá de ahí procede precisamente la importancia de la celebración de los fines del ciclo *katún* (de 20 años de 360 días), buen plazo para la renovación de las personas que detentaban ese poder.

En definitiva, el período Clásico estaría mucho mejor descrito si se empleara la terminología política de Clásico Predinástico y Clásico Dinástico, o simplemente Clásico este último, dividido en los dos subperíodos co-

rrientes de Temprano y Tardío, el primero marcado por la influencia de Teotihuacán y el segundo por el apogeo de todas las manifestaciones culturales y por el hundimiento final de la civilización en los reinos meridionales de la península de Yucatán. Evidentemente, el famoso e inexplicable «colapso» es el momento en que termina el período Clásico, y dado que no se produce en todos los lugares al unísono, hay que generalizar con un límite que bien puede ser el año 900 d. C. Los términos «predinástico» y «dinástico» ya han sido empleados por algunos investigadores como Nikolai Grube, pero lo lógico es que pasen a formar parte de la nomenclatura habitual adjetivando el período Clásico.

En algunas regiones de Mesoamérica, y del área maya, se ha detectado un subperíodo denominado Clásico Medio (450-650 d. C. aproximadamente), otra etapa de transición que puede tener cierta personalidad en sitios como Oxkintok o incluir fenómenos extraños o crisis como en Tikal. Es a lo que me referiré más adelante como «síncopes». Sin embargo, no creo que sea necesario subdividir el Clásico Dinástico en tres partes, y me parece preferible ver el llamado Clásico Medio como un asunto local esporádico que debe ser estudiado regularmente en aquellos yacimientos donde se perciban esas circunstancias.

Más problemas plantea otro subperíodo del Clásico, el llamado Clásico Terminal, Clásico Final o Epiclásico. Es una fase que resalta brillantemente con características propias en el norte de la península, sobre todo en la región Puuc, aunque también se encuentra en el Petén de Guatemala, en algunos lugares no afectados por el «colapso» o que fueron reocupados después. Puesto que allí, en el nor-

te, no hubo «colapso» en los siglos IX o X, el Clásico Terminal se extendería hasta la desaparición de la manifestación cultural Puuc, en los albores del siglo XI o tal vez algo más tarde, especialmente en sitios como Chichén Itzá. Prefiero el término Epiclásico a la frase Clásico Terminal que, aunque es la comúnmente usada, incluso por mí mismo, suena a enfermedad o a edificio de líneas aéreas y no es muy adecuada en castellano. El Epiclásico yucateco se ha datado aproximadamente entre el 800 y el 1000 d. C.

El Postclásico es un período que terminológicamente adolece de indefinición, ya que el nombre, como he dicho más arriba, solamente alude a la colocación antes o después y resulta escasamente descriptivo. Aquí lo que debe señalarse es la desaparición de algunos notables rasgos anteriores: ya no se escriben fechas mayas de las denominadas Series Iniciales, ni se erigen regularmente grandes estelas a la mayor gloria de formidables monarcas, ni siquiera hay constancia de que perviva en las mismas condiciones anteriores la institución monárquica característica del Clásico sureño.

Entre los siglos XI y XVI de nuestra Era lo que tenemos en la mitad septentrional de la península de Yucatán, y en algunas ciudades meridionales todavía ocupadas, como Lamanai, en Belice, es una extraordinaria variedad, pues tanto Chichén como Mayapán o Tulum presentan particularidades que las hacen ejemplares en sus respectivas corrientes culturales regionales, fruto de desarrollos independientes e influencias externas. Y eso se acentúa si tenemos en cuenta a las ciudades indígenas independientes aún bajo la colonia española, como Taya-sal, cuya existencia y mantenimiento en la tradición pre-

colombina obligaría a retrasar el final del Postclásico hasta 1697.

Así que conviene dividir el período Postclásico en tres subperíodos. El primero, Postclásico Temprano, cubre el lapso de la historia de Chichén Itzá desde que se pueden detectar en ella rasgos toltecas y hasta el momento en que la ciudad es desocupada. Más dudosa es precisamente la fecha del abandono de la ciudad, habitualmente colocada a mediados del siglo XIII, según una hipótesis que todavía tropieza con muchos inconvenientes. El Postclásico Medio es el tiempo que transcurre desde el declive de la gran Chichén Itzá hasta la dispersión de los grupos étnicos encargados de la custodia y gobierno de la ciudad de Mayapán, que fue la sucesora de Chichén en el predominio regional. De manera análoga a lo sucedido con Chichén, el final de Mayapán se ha situado hipotéticamente a mediados del siglo XV.

Por último, el Postclásico Tardío debe abarcar todo el tiempo en que perduran los focos de cultura maya independiente en la península de Yucatán, es decir, hasta finales del siglo XVII. En él habría que incluir y estudiar la costa del Caribe, el Itzamkanac que conoció Hernán Cortés en tierras chontales, Tixchel en el golfo de México, las «provincias» del norte a las que dedicaron su atención Ralph Roys o, más recientemente, Tsubasa Okoshi y Lorraine Williams-Beck, las fases o los asentamientos más tardíos de Belice, como Lamanai (de larguísima ocupación), Negromán y otros, y los sitios de la región de los lagos Petén y Yaxhá, es decir, Tayasal y Topoxté principalmente. Por supuesto, descarto las manifestaciones mayoides —o tal vez claramente mayas, algo todavía por dilucidar— de la costa

1. La cuestión de los períodos

del Pacífico y del altiplano de Chiapas y Guatemala, y por eso la ausencia en la discusión anterior de lugares como Takalik Abaj, Gumarcaaj o Iximché.

Con todo ello, el esquema de los períodos arqueológicos de la cultura maya prehispánica de las Tierras Bajas tropicales del sur y sureste de Mesoamérica, y exceptuando casos todavía raros como el de Ceibal, sería el siguiente:

| | |
|--|-----------------------|
| Preclásico | 1200 a. C.-500 a. C. |
| Clásico Predinástico | 500 a. C.-250 d. C. |
| Clásico Dinástico Temprano (Clásico Temprano) | 250 d. C.-600 d. C. |
| Clásico Dinástico Tardío (Clásico Tardío) | 600 d. C.-900 d. C. |
| Epiclásico | 800 d. C.-1000 d. C. |
| Postclásico Temprano | 950 d. C.-1200 d. C. |
| Postclásico Medio | 1200 d. C.-1450 d. C. |
| Postclásico Tardío | 1450 d. C.-1697 d. C. |

Recapitulando, la civilización maya se desarrolla a lo largo de casi 25 siglos; los diez primeros son el Clásico Predinástico, un lapso de formación y consolidación de las soluciones adaptativas al bosque tropical de la sociedad compleja, cuando cristalizan tradiciones y costumbres y se perfilan sólidamente las estructuras políticas y religiosas. El Clásico Temprano es el tiempo de maduración de los ensayos anteriores y contempla la invasión de Teotihuacán y la fundación del sistema de dinastías hereditarias. El Clásico Tardío es el de apogeo cultural, con